

Qué se siente

(al ser diagnosticado de cáncer)

14 de febrero de 2014

Tras ser diagnosticado de cáncer a principios de enero, soporté un largo descenso de diez días a los infiernos. Recuerdo aquel tiempo como una niebla, una ruptura mental estremecedora que ocasionalmente transmutaba en una fiebre imaginada. Breves, claros momentos de desesperación. Y toda la resistencia que mi fuerza de voluntad pudo reunir.

Rememorando aquellos días, puedo ahora pensar en todo aquello como una pesadilla interminable, estuviera dormido o despierto.

Entonces empecé a trepar, a salir del agujero. Creo que ahora estoy de nuevo al nivel del suelo.

Soy un chico de los años 1940. Creo que todos los de mi generación asocian automáticamente el cáncer a la muerte. Aunque yo sepa, como el resto, que la investigación del cáncer ha experimentado un desarrollo increíble en los últimos 50 años y que (el cáncer) ya no significa un fin inevitable, la vieja concepción sin duda perdura en algún lugar dentro de mí. Contrarresto mi falta de conocimientos leyendo tanto como puedo. Y, no menos importante, escuchando a los médicos y al resto del personal de enfermería que encuentro en el hospital Sahlgrenska en Gotemburgo universidad.

Un día, Eva, mi mujer, dijo: «Deberías escribir acerca de la espera. El diagnóstico del cáncer y el tratamiento de la enfermedad implica esperar. Y esto es difícil para todos los afectados». Tiene razón, por supuesto. Pero hay un aspecto de la espera que es esencial. Implica a los médicos, a los patólogos y al personal de enfermería que analiza meticulosamente el tipo preciso de los tumores que sufro, y qué tratamiento puede ser más eficaz.

Cuando hablo con V, una especialista pulmonar que estaba activo hace 20 años, dice que en comparación con las citotoxinas disponibles hoy, que pueden ser más o menos «a medida» para el tratamiento de tumores específicos, lo que los pacientes tuvieron que soportar en aquellos días era puro «matarratas».

Esta espera puede ser difícil, a veces insostenible: pero no hay nada que uno pueda hacer al respecto. Esta espera es inevitable, siempre que no haya cuernos de botella que alarguen el proceso de diagnóstico de forma innecesaria. Naturalmente, mientras espera, uno se siente totalmente impotente.

En mi caso, los 10 o 12 días que pasaron mientras esperaba fueron cubiertos con un tipo muy especial de miedo: tengo una metástasis en una vértebra cervical. ¿Se habrá extendido ya a mi cerebro? Si era así, podía imaginar que la batalla había terminado incluso antes de haber comenzado.

Cuando Eva y yo nos sentamos con la Dra. M y ella dijo que no habían encontrado nada en mi cerebro, fue un momento de gran liberación. Mi cáncer era tan grave como antes, pero la espera –que a veces había sido horrorosa– había sido recompensada con una pizca de noticias positivas. Y yo sabía que los médicos y el resto del personal habían estado trabajando tan rápido como les fue posible.

Pero mis pensamientos están con aquellos que no tienen a nadie con quien puedan compartir la angustia asociada a la espera. Personas cuya afección no está clara, y que pueden verse obligados a esperar más tiempo del necesario antes de que haya un diagnóstico, y comience el tratamiento.

También hay esperas innecesarias en la atención del cáncer, debido a la falta de personal, la burocracia, indecisión política. Lo sabemos.

Durante las últimas semanas he asistido a un sinnúmero de citas en el hospital y solo he conocido personas dedicadas, competentes y trabajadoras. Algunos de ellos parecen no tener jamás tiempo libre. Y todos ellos parecen estar impulsados por la determinación de reducir los tiempos de espera de las personas tanto como les sea posible. Pero usted no necesita tener una visión especial para darse cuenta de que hay grandes problemas de falta de personal. Y qué decir de lo que se paga a esas personas.

Dentro de la atención del cáncer, las diversas dimensiones de la espera nunca deberían ser olvidados. Estoy convencido de que muchas personas sufren innecesariamente, ya que ni siquiera sabemos a dónde acudir para recibir apoyo.

Hace un mes desde que se descubrió mi cáncer. Dentro de unos días comenzará mi tratamiento. Así que la primera espera ha terminado. Ahora comenzará el contraataque contra mis tumores. Para ampliar la imagen militar, uno se siente como si la caballería saliese de la linde del bosque y lanzase un asalto total contra los enemigos que han invadido mi cuerpo. Estoy inmensamente agradecido de que esto esté sucediendo. Y que haya ido tan rápido.

Cuando miro hacia atrás, puedo ver fugaces imágenes de un gran número de personas. Médicos, enfermeras y otros. Sin ellos no estaría donde estoy hoy. Otro período de espera está comenzando ahora. Pero, a diferencia de hace un mes, ahora soy yo el que va a la ofensiva.